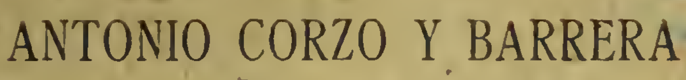
ANTONIO CORZO Y BARRERA



LAS DOS JOYAS DE LA CASA

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA, ORIGINAL



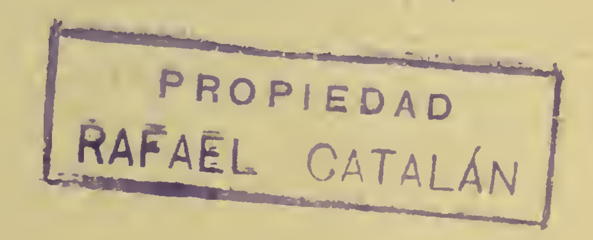
BUENOS AIRES

—

B. FUEYO, EDITOR.—PASEO DE JULIO, 1342

1910

LAS DOS JOYAS DE LA CASA



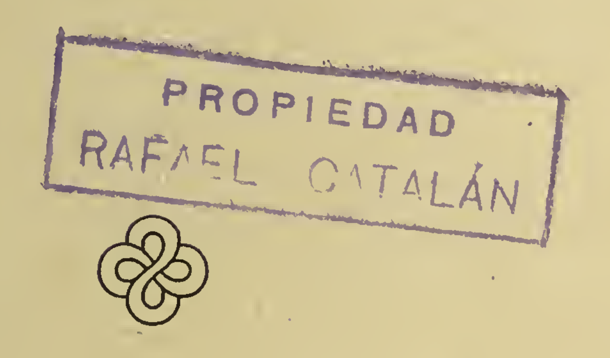
LAS DOS JOYAS DE LA CASA

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

ANTONIO CORZO Y BARRERA



BUENOS AIRES

B. FUEYO, EDITOR.—PASEO DE JULIO, 1342

1910

Al Excmo. Señor

Don Luis Mariano de Larra

su apasionado admirador y amigo

El Autor

Madrid, abril de 1872.

PERSONAJES

PEPITA.	BRUNO.
DON LEÓN.	FÉLIX.

Una voz de hombre.

Otra voz de mujer.

La escena en Madrid, en 1872

ACTO ÚNICO

El teatro representa una habitación pobre. Puerta al fondo, por la que sale á un corredor descubierto que da á un patio. Puertas laterales: la de la derecha del actor se supone dar á la cocina; la de la izquierda al cuarto de don León. Mueblaje miserable: una gran cesta colgada de un clavo en la pared; en otros clavos la capa y el sombrero de don León; á la derecha, en primer término, un espejillo con marco de caoba.

ESCENA PRIMERA

DON LEÓN *y* PEPITA. *Don León aparece sentado á la izquierda en un viejo sillón de vaqueta con una carta en la mano. Pepita, á la derecha, cosiendo.*

PEPITA *(Suspirando.)* ¡Ay!

LEÓN *(Idem.)* ¡Ay!

PEPITA ¿Suspira usted, papá?

LEÓN Sí, hija mía. Y tú también.

PEPITA *(Suspirando otra vez.)* ¡Es verdad!

LEÓN ¿Supongo que suspirarás, como yo, de hambre?

PEPITA No, por cierto.

LEÓN ¿No?

PEPITA No, señor.

LEÓN ¡Es particular! Estos muchachos del día son de otra pasta que nosotros. Á tu edad tenía yo hambre siempre. (Y ahora lo mismo, por variar.)

PEPITA Pues yo he perdido el apetito.

LEÓN No podías perderlo más oportunamente.

PEPITA ¿Por qué?

LEÓN Porque nunca viene mejor la inapetencia que cuando no hay qué comer. No tengo yo esa suerte.

PEPITA ¡Vaya una ocurrencia!

LEÓN ¡Ay, Pepita, Pepita! Si no viene pronto y se casa contigo un novio de que me habla tu tío Sisebuto en esta carta...

PEPITA *(Alarmada.)* ¿Qué dice usted, papá?... ¿Se trata...?

LEÓN Sí, hija mía; se trata de que te establezcas tú y de que comamos los dos.

PEPITA *(Rompiendo á llorar.)* ¡Cuán desgraciada soy!

LEÓN ¿Qué dices? ¡Desgracia casarse!

PEPITA Cuando se ama á otro.

LEÓN ¿Sí? Pues anda, no te apures: á mí, con tal de salir de esta situación, el modo me es indiferente. Que se case contigo ese galán, digo, suponiendo que tiene algo, y...

PEPITA Lo malo es que no sé de él.

LEÓN ¡Demonio! Entonces nada de lo que hemos dicho tiene sentido común.

PEPITA Es que...

LEÓN ¿Cómo se llama?

PEPITA Félix.

LEÓN ¿A secas?

PEPITA No sé el apellido. Le conocí el año pasado.

LEÓN ¿En Toledo, nuestra patria? ¡Ciudad de tristes memorias para mí! ¡Allí me casé... allí enviudé hace dos años... allí he tenido que dejar á tu hermanita, mi pequeña Leonor, en casa de su anciana madrina! ¡Oh, Toledo, Toledo! Pero sigue hablándome de tu pasión. Decías...

PEPITA Félix, según comprendí, depende de una gran casa de comercio inglesa; en este concepto tuvo que ir á Toledo por unos días, y me vió en la tertulia de la comandanta, donde me declaró...

LEÓN Su atrevido pensamiento.

PEPITA Y me ofreció casarse conmigo.

LEÓN Entonces, ¿por qué no me pidió tu mano?

PEPITA Porque en aquellos días estaba usted ausente.

LEÓN ¡Ah, vamos, sería cuando vine á gestionar la traslación de mi retiro á Madrid: como en provincias no se paga á nadie!... ¡Por cierto que esta es la bendita hora en que no lo he conseguido todavía!

PEPITA Félix, antes del regreso de usted, recibió orden de trasladarse á Barcelona, y al despedirse me aseguró que volvería muy pronto, y que entonces...

LEÓN Se lanzaría. Comprendido.

PEPITA Pero durante su ausencia dispuso usted, también de pronto, nuestra venida á Madrid, y... aquí se acaba la historia.

LEÓN Pues, hija mía, es preciso olvidar á ese apreciable joven, porque su recuerdo no nos ha de quitar el hambre: digo, á mí por lo menos.

PEPITA Pero, papá, su paga de usted...

LEÓN ¡Mi paga! En primer lugar, la paga de un capitán retirado ya sabes que significa poco, y en Madrid menos. Pero además me están debiendo veintisiete meses.

PEPITA ¿Veintisiete meses ya?

LEÓN Ese *ya* es el poema de la vida. ¡Sí! Ya llevamos veintisiete meses de existencia incomprensible... fantástica... ¡inverosímil! Si me preguntasen cómo he vivido y cómo os he hecho vivir á ti y á tu hermana durante ese tiempo, me sería imposible contestar.

PEPITA Sin embargo, al fin cobrará usted esas pagas.

LEÓN ¡Sí; algún día llegará en que las paguen todas juntas!... Pero, ¿y si entre tanto reventamos de un cólico... de aire? Desengáñate: no tengo más que dos probabilidades de salir de apuros; la una es que tú te cases; la otra es hallar quien me compre alguna de las espadas de tu tío Juan, el coronel. *(Paseándose abstraído.)*

PEPITA ¡Cómo, papá! ¿Piensa usted en deshacerse de esos gloriosos recuerdos de familia?

LEÓN Hija... entre deshacerse de esos recuerdos gloriosos y deshacerme de mí mismo, la elección no es dudosa.

PEPITA Pero con eso no sacará usted ni para vivir una semana.

LEÓN Estás en un error: una de esas armas la llevába tu difunto tío cuando consumó el heroico hecho de guerra que le costó la vida. Por una espada como ella, inglés habrá que sea capaz de dar diez mil duros.

PEPITA ¡Imposible!

LEÓN Además, es muy buena; una hoja toledana, de magnífico temple, con un puño de plata tan recio y sólido como admirablemente cincelado. Aparte su precio histórico, vale dos mil reales como un ochavo.

PEPITA ¿Quién lo creería al verla?

LEÓN Por eso escribí á mi primo Sisebuto, que hace ya ocho años reside en Londres, revelándole mi apurada situación, y encargándole me buscase un inglés excéntrico que quisiera comprarme, bien esa espada de campaña, bien la pequeña, que también conservo, de cuando tu tío Juan era cadete. Ayer recibí su contestación.

PEPITA ¿Y qué dice?

LEÓN Me ofrece buscar comprador; y después añade este parrafito que te concierne. *(Lee.)* «En tanto que se proporciona lo que deseas, escribo hoy á un amigo que tengo en esa villa y corte, hombre acomodado y ávido de casarse, á fin de que se te presente y vea si le conviene tu hija mayor. Este quizá sería el medio de que salierais de esa precaria posición.»

PEPITA ¡Pero, papá! ¿Y si á mí no me gusta, ó yo no le gusto á él?

LEÓN No es posible; un hombre acomodado siem-

pre es agradable; y en cuanto á ti... ¡bueno fuera que no le gustaras! ¡Hasta ahí podían llegar las chanzas!

PEPITA. Sin embargo, yo...

LEÓN. Nada. No lo admito. Si fuera insensible á tus atractivos, nos veríamos las caras. ¡No faltaba más!

PEPITA. Pero...

LEÓN. No me repliques; Pepita, en este punto te impongo el más absoluto silencio. ¡Ojalá pudiera imponérselo también á mi estómago!

PEPITA. ¿Tiene usted ya gana? *(Levantándose y recogiendo la labor.)* Dispondré la comida.

LEÓN. Las sopas de ajo de ordenanza, ¿eh?

PEPITA. Sí, señor.

LEÓN. Bien, anda, disponlas.

PEPITA. El caso es que...

LEÓN. ¿Qué?

PEPITA. Que no hay pan.

LEÓN. ¿No hay pan?

PEPITA. Nos lo hemos comido todo con el chocolate.

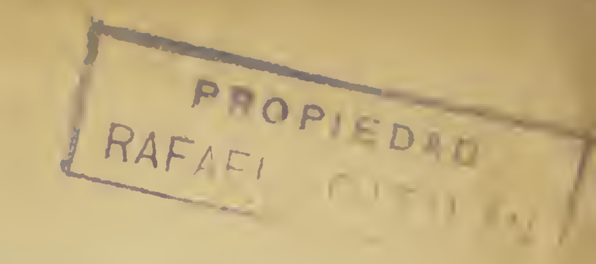
LEÓN. ¡Es claro! Como el tal chocolate se reduce á media onza... para los dos, el pan es el que paga el pato.

PEPITA. Si me da usted cuartos, enviaré al portero...

LEÓN. ¿Cuartos, eh? Como no quieras los míos... ó los tuyos...

PEPITA. ¡Cómo! ¿No tiene usted dinero?

LEÓN. No, hija mía. Catorce ochavos me queda-



ban anoche, y se fueron en esta cajetilla. *(Saca una del bolsillo y de ella un cigarro.)*

PEPITA ¡Y qué hacemos! El panadero ya no quiere fiar.

LEÓN ¿No, eh? Creo que hace bien. Yo tampoco me fiaría.

PEPITA Sin embargo, es preciso comer.

LEÓN ¿A quién se lo cuentas? En fin... toma... *(Sacando del bolsillo del chaleco un reloj de plata.)* No había querido hasta ahora desprenderme del reloj; pero ya no hay otro remedio. Llévalo al Monte de Piedad. Allí tenemos ya casi toda la casa; añadiremos este mueble más.

PEPITA ¡Qué lástima! No podremos saber la hora.

LEÓN Mira, lo que es la de comer ya nos avisará su llegada sin necesidad de reloj.

PEPITA ¿Usted no me acompaña?

LEÓN No, hija mía. Tan harto estoy ya de ver las caras de aquellos benéficos empleados, que francamente... me da grima... La vecina doña Gertrudis te acompañará. Entérate si está disponible...

PEPITA Voy. *(Sale por el fondo.)*

LEÓN *(Contemplando el reloj.)* ¡Pobre caldero mío! ¡Tantos años que hemos pasado juntos!... Lo compré el mismo día que enterraron á Fernando VII. Me acuerdo como si hubiera sido ayer. Mi primera paga de alférez enterita la absorbió esta adquisición. ¡Y me ha salido muy bueno! En los treinta y nueve años que lo tengo no ha

necesitado más que cuarenta composturas.

PEPITA (*Entrando.*) Doña Gertrudis no tiene dificultad en acompañarme. Conque voy á echarme el velo...

LEÓN Aquí tienes el reloj. Yo voy á tumbarme un rato en mi catre, á ver si logro entretener el hambre durmiendo.

PEPITA ¿Llevo también la cadena?

LEÓN No, dámela. No sacaríamos de ella ni un céntimo más... es de latón. (*Pepita separa del reloj la cadena, y se la da á don León.*) Ahora pondré á su extremo la llave del baúl, y así creerán que llevo todavía reloj. Con tal que no me pregunten la hora... Diré que está parado. Hasta luego, hija mía.

PEPITA Adiós, papá.

LEÓN Pues señor, si no viene ese novio estamos perdidos. (*Entra por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA II

PEPITA, *poniéndose la mantilla y atusándose el pelo delante del espejillo*

PEPITA ¡Pobre papá! ¡Qué situación la nuestra! Por más que en su presencia me esfuerzo por parecer valiente y animosa, bien conozco que esto no se puede prolongar. ¡Si yo supiera en dónde está Félix!... Pero ni yo tengo noticia de su paradero ni él sabe

del mío: y á menos que la casualidad se encargue de reunirnos, dudo mucho que nuestros hermosos proyectos se realicen. ¡Había un amor en su mirada y una lealtad en su acento! ¡Oh!... ¡Casarme con otro... sería horrible!... Y sin embargo, ¿qué he de hacer? ¿Condenar á mi pobre padre á la miseria? ¡Tremenda alternativa!

VOZ DE MUJER *(Fuera.)* ¡Vecina!... ¡Pepita!... Cuando usted guste.

PEPITA ¡Allá voy, doña Gertrudis, allá voy! *(Sale por el fondo.)*

ESCENA III

FÉLIX. *Después de una breve pausa aparece Félix en el corredor del fondo y examina desde fuera la parte superior de la puerta, como quien busca un número.*

FÉLIX Número treinta y siete. Este es. Menudo trote llevo dado por los interminables corredores de esta casa de vecindad. *(Entrando.)* ¡Si esto es un pueblo! Lo menos se alojan aquí ochenta familias. ¡Pobres gentes! *(Mirando alrededor.)* ¿No hay nadie? Sentiría tener que volver. ¡Está esto tan apartado del centro! ¡Pero mi principal de Londres me encarga con tanto empeño la adquisición de esa famosa espada que llevaba, al morir, el heróico

coronel de nuestro ejército de Africa! Hasta treinta mil reales me dice que ofrezca por ella. Con tal que no me soplen, como arma gloriosa, algún asador perteneciente á cualquier oficial obscuro y desconocido... ¡Oh! pero yo exigiré pruebas... y si no son satisfactorias y convincentes... *(Dando palmadas.)* ¡Ah de casa! ¿No hay quién reciba por aquí?

ESCENA IV

FÉLIX *y* DON LEÓN

LEÓN *(Asomando á la puerta de la izquierda.)* ¿Qué se ofrece?

FÉLIX ¿Don León Guerrero?

LEÓN Servidor. ¿Tiene usted algo que mandarme?

FÉLIX He recibido carta de un pariente de usted residente en Londres...

LEÓN *(Saliendo.)* ¿De mi primo Sisebuto?

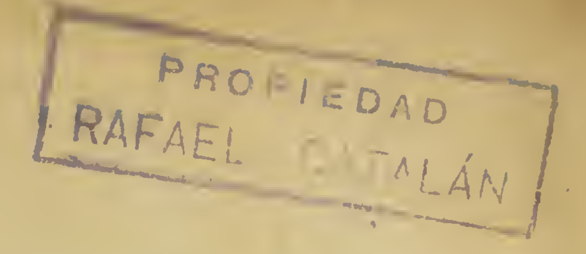
FÉLIX Justamente.

LEÓN *(Muy amable.)* ¡Ah! Siéntese usted, siéntese usted. (Vamos, éste es el novio. ¡Guapo chico, á fe mía!)

FÉLIX *(Sentándose.)* Gracias. Usted ya sabrá á lo que vengo.

LEÓN ¡Toma! Pues es claro.

FÉLIX Me dice don Sisebuto que tiene usted aquí una verdadera joya.



LEÓN *(Sonriendo.)* Y usted, como aficionado... desearía...

FÉLIX Sí, no le ocultaré á usted que me alegraría en extremo de obtenerla.

LEÓN (¡Es galante!) La verdad es que la chica vale un Perú.

FÉLIX No, no me refiero á la chica, sino á la grande, porque, según me dice don Sisebuto, tiene usted dos.

LEÓN Sí, en efecto. Pero la pequeña no se halla en Madrid, ni está en condiciones... Sólo hace tres años que la tengo.

FÉLIX Una así, cualquiera puede proporcionársela fácilmente.

LEÓN *(Algo asombrado.)* Hombre... eso es según.

FÉLIX Sí, tan buena y tan bonita puede ser que... Pero dejemos esto y hablemos de lo que me trae aquí.

LEÓN Es decir, de la mayor.

FÉLIX La más larga.

LEÓN (¡Qué frases!) Bien, sea, la más larga. (¡Hablaré en sentido figurado!)

FÉLIX ¿No podría yo verla?

LEÓN Sí, señor; pero no en este momento, porque... para usted no debe ser un misterio el estado de escasez á que me veo reducido...

FÉLIX Algo de eso me dice don Sisebuto.

LEÓN Pues bien, hace un momento que ha ido al Monte de Piedad con las últimas alhajillas que me quedaban.

FÉLIX ¡Qué lástima!

LEÓN No había otro recurso. Pero no se alarme usted: va con una persona de toda confianza. Yo no he ido con ella... la verdad, porque me da reparo...

FÉLIX Lo comprendo. Empeñar tales objetos un militar como usted... siempre es bochornoso.

LEÓN Verdaderamente. Y aunque fuese paisano...

FÉLIX ¿Y no podría usted describírmela?

LEÓN A grandes rasgos, ¿eh?

FÉLIX Aunque así sea.

LEÓN ¡Pero si usted la ha de ver!...

FÉLIX ¿Qué importa?

LEÓN Pues bien; figúrese usted una toledana... porque es de Toledo.

FÉLIX Lo sospechaba.

LEÓN Limpia como el oro... dócil y flexible como un guante... y sobre todo, bonita... ¡oh! muy bonita.

FÉLIX Eso, en rigor, es lo de menos.

LEÓN Usted está, como yo, por las cualidades sólidas. Sin embargo, un tantico de belleza nunca está de más.

FÉLIX ¿Y de qué fábrica es?

LEÓN *(Mirándole estupefacto.)* ¿De cuál ha de ser? De la mía.

FÉLIX ¡Ah!... ¿Usted ha tenido fábrica de eso?

LEÓN (¡Es gracioso!) Sí... desde que me casé. Hace treinta y cinco años.

FÉLIX ¡Ya, ya!

LEÓN *(Aparte y remedándole.)* (¡Ya, ya! Este joven me va pareciendo algo mentecato.)



FÉLIX (*Levantándose.*) En fin, á falta de un examen detenido y... personal, esas noticias me bastan para creer que acaso podamos entendernos. Si además me prueba usted cumplidamente la legitimidad de su procedencia...

LEÓN ¡Oh, sí! Tengo todos los documentos necesarios.

FÉLIX Bien. Pues siendo así... debo manifestar á usted que pondré veinte mil reales á su disposición.

LEÓN (¡Bonito haber!)

FÉLIX ¿Le parece á usted poco?

LEÓN ¡Ca, no, señor! Me parece muy bastante. Nunca he tenido yo tanto: ni aun hallándome en activo servicio.

FÉLIX (¡Qué vendedor tan desprendido!) Pues ya volveré cuando usted me diga.

LEÓN Si viene usted dentro de una hora, de seguro la encuentra aquí.

FÉLIX Entonces, cuando evacúe dos ó tres diligencias urgentes, tendré el gusto de volver.

LEÓN El gusto será nuestro.

FÉLIX Tengo ganas de verla... créalo usted.

LEÓN No necesita usted jurarlo.

FÉLIX Y de manejarla un poco...

LEÓN Hombre, eso de manejarla... permítame usted...

FÉLIX Lo haré con suavidad; no tenga usted cuidado. En cuanto me haga cargo de lo que pesa y...

LEÓN (¡Cómo! ¡Va á tomar el peso á mi hija!)

FÉLIX Conque hasta luego, don León.

LEÓN *(Dándole la mano.)* Vaya usted con Dios, y ya sabe que esta casa es suya.

FÉLIX Gracias. *(Va á salir y vuelve.)* Diga usted: supongo que si nos arreglamos, me la llevaré con cinturón y todo... ¿eh?

LEÓN *(Asombrado.)* ¿Con cinturón? Sí, hombre, con todos sus atavíos, nuevos y viejos.

FÉLIX Bien, bien. Era sólo por saber...

LEÓN (¡Vaya una nimiedad!)

FÉLIX Hasta luego. *(Sale por el fondo.)*

ESCENA V

DON LEÓN *solo*

LEÓN *(Frotándose las manos.)* ¡Pues señor, magnífico! El futuro yerno parece algo estrafalario en sus maneras; pero es un buen partido. A Pepa le gustará, porque es guapo. Y á mí me conviene porque, sin ser ningún Creso, tiene para vivir con mucha decencia. Veinte mil reales no son moco de pavo: y si él tiene conducta y despejo... bien podría con el tiempo duplicar esa renta.

VOZ *(Fuera.)* ¡Don León, don León!

LEÓN *(Saliendo á tomarla.)* ¿Quién me llama?

VOZ Una carta.

LEÓN *(Asomándose al fondo.)* Venga. El cuarto lo pagaré mañana. *(Viniendo al prosce-*

nio.) ¡De Londres! ¡Letra de Sisebuto! ¿Habrá encontrado comprador? *(Abre la carta y lee.)* «Querido León: ayer mismo hablé de tu asunto á un amigo caprichoso y rico, y con su venia escribí á su comisionado en Madrid para que tratase contigo la venta de la espada de que me hablas. Te lo aviso para que no te coja desapercibido. Tuyo, tu primo.—Sisebuto.»—*(Hablado.)* ¡Vea usted lo que es la fortuna! Ahora me sale al encuentro por dos caminos. ¿Y qué hago? Si se arregla el casamiento de la chica, ya no necesito vender la espada. Pero... ¿y si no se arregla? Lo más prudente es obrar como si estuviera decidido á venderla; eso á nada compromete. Quizá hoy mismo se resuelva lo de la boda; y en tal caso, con decir mañana que lo he pensado mejor... ¡Sí, eso es! Voy á sacarla. *(Entra por la puerta de la izquierda, y vuelve á salir con una espada vieja.)* Aquí está. ¡Oh, gloriosa reliquia! ¿Qué será de ti? ¡Y está bastante puerca!... Si tuviera media peseta, compraría agua de limpiar metales y la pondría decente. Pero no tengo un cuarto, y por lo tanto... ¡Ah, una idea! El platero del portal de al lado debe tener agua de esa: voy á llevarle ese chisme para que le dé un buen jabón. Sí; en un momento... *(Se pone la capa y debajo de ella oculta la espada.)* A ver si quiere el cielo que de un modo ó de otro salgamos á flote. *(Vase por el fondo.)*

ESCENA VI

BRUNO, *apareciendo en el pasillo después de una corta pausa*

BRUNO ¡Gracias á Dios que he dado con la habitación! Número treinta y siete. Esta es: parece mentira que la belleza y la virtud hayan escogido por templo tan modesta morada. Mi amigo Sisebuto me asegura que esta muchacha me conviene. No es rica, pero tampoco me hace falta. ¡Y luego esa maldita inclinación al matrimonio, inclinación que no he podido satisfacer nunca! He recorrido toda España paseando mis pretensiones por los círculos más elevados, por los de la clase media y hasta por los del comercio de escalera abajo, y no he recogido por todas partes más que desaires. Me dicen que soy feo. ¿Y qué? ¿Se necesita ser un Adonis ó un Apolo para dar á una mujer una posición y un nombre? En cambio de mi fealdad que, después de todo, no es fenomenal, ofrezco á la novia una bonita fortuna. *(Mirando á todos lados.)* Según parece, no hay nadie. ¿Habrán salido, ó estarán en alguna de esas habitaciones? *(Llamando á la puerta de la izquierda.)* No responden. *(Llamando á la de la derecha.)* Tampoco. Pues señor, sentémonos un rato y haremos tiempo. *(Se sienta.)*

ESCENA VII



BRUNO *y* DON LEÓN

LEÓN — *(Entrando por el fondo.)* Ea, ya está la espada en casa del platero. De aquí á un rato ni el sol brillará tanto como ella. *(Colgando la capa y el sombrero.)* ¡Oiga! ¿Quién será este zascandil? *(Aparte viendo á Bruno.)* ¡Ejem! *(Se adelanta, tosiendo con afectación.)*

BRUNO — *(Viéndole y levantándose.)* Señor mío... (¿Será el padre?)

LEÓN — Beso á usted la... (¡Canario! ¡Qué feo es este hombre!)

BRUNO — ¿Es á don León Guerrero á quien tengo el honor de hablar?

LEÓN — El mismo. Usted dirá...

BRUNO — Aquí vengo á consecuencia de una carta que me ha dirigido desde Londres mi buen amigo don Sisebuto.

LEÓN — ¿Mi primo?

BRUNO — Tal creo.

LEÓN — (Vamos, éste es el que quiere comprar la espada. Mala pinta tiene el condenado.)

BRUNO — Me dice Sisebuto que me conviene la alhajita que tiene usted aquí guardada... ¡Je, je! *(Riéndose.)*

LEÓN — (¡Qué risa tan sandia!)

BRUNO — Y yo, en vista de su indicación, no he va-

cilado un momento en presentarme á usted y... ¡je, je!

LEÓN (¿Sigue la risita?) Adelante.

BRUNO Porque, lo que yo digo: cuando pasan rábanos, comprarlos. ¡Y precisamente hace tanto tiempo que ando á caza de una ganga como la que usted tiene aquí! Pero nunca he podido atrapar ninguna.

LEÓN Esas cosas, caballero, sólo se alcanzan rascándose el bolsillo y pagándolas bien.

BRUNO Pero yo, ¿qué más he de dar que todo lo que tengo? Verdad es que no soy bonito.

LEÓN No, no lo es usted. Pero eso no importa.

BRUNO Eso digo yo. Me parece que ofrecer medio millón en efectivo y otro medio en fincas...

LEÓN *(Abriendo los ojos.)* ¡Eh! ¿qué dice usted?

BRUNO ¡Sí, señor! eso es lo que ofrezco.

LEÓN (¡Canario!) Siéntese usted, siéntese usted; estará usted cansado. *(Ofreciéndole una silla.)*

BRUNO *(Sentándose.)* Gracias.

LEÓN ¿Usted querrá, por supuesto, ver con sus propios ojos esa joya de mi familia?

BRUNO Claro es que sí.

LEÓN Ya, ya comprendo que no es cosa de formalizar proposiciones, sin ver antes lo que se va á tomar en cambio.

BRUNO Puede usted presentármela.

LEÓN El caso es que justamente acabo de enviarla á lavar á casa de mi platero.

BRUNO (¡Pobrecilla! Tener que ganarse el susten-

to lavando... ¡Eso parte el corazón!) Pues, señor, lo siento. ¿Pero esa tarea no será muy larga?

LEÓN No; dentro de un rato la tendrá usted aquí. Ya verá usted... ¡ya verá usted qué puño aquél!

BRUNO Fuerte, ¿eh?

LEÓN Más que el bronce.

BRUNO (Ya lo creo; dedicándose á lavar y demás faenas mecánicas...) ¿Y es bonita?

LEÓN Diré á usted... el puño sí.

BRUNO (¡Dale con el puño!) Pèro ¿y lo que no es puño?

LEÓN Lo que es lo demás, francamente, no es gran cosa. Está bastante mellada.

BRUNO ¡Hombre! ¿Pero al menos será... aguda?

LEÓN Tampoco. Nunca me he querido meter á sacarle punta.

BRUNO ¡Diablo!

LEÓN Como originariamente no ès mía...

BRUNO ¿No? ¿Pues de quién?...

LEÓN Es decir, es mía legalmente. Pero procede de un primo de mi difunta que murió en Africa.

BRUNO ¿Su difunta de usted murió en Africa?

LEÓN No, hombre, el primo.

BRUNO (De modo que, en resumidas cuentas, la chica es... una desdicha.) Vaya, abur. *(Se levanta.)*

LEÓN *(Levantándose también.)* ¿Cómo, se va usted?

BRUNO Es claro. Me está usted dando unas noti-

cias capaces de quitar la ilusión á cualquiera.

LEÓN No sé por qué.

BRUNO Me dice usted que es fea, mellada, roma...

LEÓN En cambio le he dicho á usted que procede de un oficial ilustre, muerto en la guerra de Africa...

BRUNO (¡Vaya una recomendación!)

LEÓN Y si usted no da importancia á las genealogías, recuerde que le he hablado de su puño, que es magnífico.

BRUNO Pero usted bien comprende que puede tener un puño como un Hércules, y ser fea, quizá por eso mismo.

LEÓN Oiga usted, entendámonos. Fea, precisamente, no lo es; y hasta me atrevo á asegurar que en sus tiempos sería bonita.

BRUNO (¡Ahora salimos conque es vieja por añadidura!) ¿Pues cuántos años tiene?

LEÓN Unos... *(Recordando.)* Sí... unos treinta.

BRUNO (Vamos. Todavía puede pasar.)

LEÓN Pero el *quid* no está en los años.

BRUNO ¿No? ¿Pues en qué?

LEÓN En el mucho uso que se ha hecho de ella.

BRUNO ¡Está usada! (¡Horror!)

LEÓN Ya ve usted: de cuartel en cuartel, de campamento en campamento...

BRUNO (¡Misericordia!)

LEÓN A lo mejor el coronel dormía con ella al lado, sobre terrenos húmedos ó á la intemperie...

BRUNO ¡Bravo! Con esos precedentes ya no me asombra el vigor de sus puños.

LEÓN De su puño: no tiene más que uno.

BRUNO (¡Atiza! ¡Manca también! Eso es un fragmento de persona.)

LEÓN Así es que está enmohecida...

BRUNO Sí, estará hedionda... repugnante... (¡Bonita novia quería arrimarme Sisebuto!)

LEÓN No, hombre, no tanto. Pero, ¿á qué cansarnos en hablar? Usted ha de verla, y estoy seguro de que le gustará.

BRUNO (Me parece que no.) En fin... volveré.

LEÓN Una idea. ¿Quiere usted comer con nosotros? (El milloncejo bien merece este sacrificio.)

BRUNO Gracias... gracias... pero...

LEÓN Así la verá usted á sus anchas.

BRUNO (Tiene razón.) Pues bien, acepto, sólo por comer con ella.

LEÓN ¡Comer con ella! (Comer con la espada... ¡Qué rareza!)

BRUNO Digo, me parece...

LEÓN Bien, bien; si tiene usted ese capricho... Yo, con tal que no me la manche usted, ni me la estropee...

BRUNO ¿Se figura usted acaso que yo no sé comer sin salpicar á todo el mundo?

LEÓN No, hombre, no; pero si se la pone usted sobre las rodillas...

BRUNO ¿Sobre las rodillas? (¡Qué ridiculez!) No había pensado en semejante cosa.

LEÓN ¿Pues dónde ha de estar? ¿Encima de la mesa?

BRUNO (¡Padre más extravagante!) No, señor, á mi lado... en una silla.

LEÓN ¡Ah! Bueno, bueno... allí se estará... muerta de risa.

BRUNO No veo razón para tanto reir.

LEÓN (¡Qué animal!)

BRUNO (¡Qué zopenco!) Pues voy á avisar en mi casa, y vuelvo. ¿A qué hora es la...?

LEÓN A las dos. Yo como siempre á la española.

BRUNO ¡Hombre, qué casualidad! Yo también. Servidor.

LEÓN Muy señor mío... ¡Ah!... ¿Usted la quiere con cinturón ó sin él?

BRUNO (¡Vaya una pregunta!) Me es igual: si nos arreglamos, y no tiene cinturón, yo le compraré todos los que necesite. Hasta después.

LEÓN Soy de usted... *(Le acompaña hasta la puerta del fondo.)*

ESCENA VIII

DON LEÓN, *volviendo*

LEÓN Sospecho que este hombre es un completo gaznápiro. Inquieto me tiene la oferta que de buenas á primeras me ha disparado. ¡Un millón por la espada! ¡Qué barbaridad! ¡Estará loco! No, yo no puedo consentir en semejante trato; ¡le rebajaré treinta ó cuarenta mil duros!... Todavía le rebajaría más... ¡pero como es tan feo!... ¡Calla! Me parece que oigo la voz de Pepa.



ESCENA IX

DON LEÓN *y* PEPITA

PEPITA (*Hablando fuera.*) ¡Muchas gracias, doña Gertrudis! Que usted descanse. (*Entrando.*) Ea, ya estoy de vuelta.

LEÓN ¡Pepita... hija mía!... ¿No sabes?... Ya han venido.

PEPITA ¿Quién?

LEÓN El comprador y el novio.

PEPITA (¡Ay, novio de mis pecados!)

LEÓN Es todo un guapo mozo.

PEPITA ¿El comprador?

LEÓN No, mujer: el novio. Tiene veinte mil reales... yo no sé si de renta ó de sueldo... pero ello es que tiene veinte mil reales.

PEPITA (¡Ojalá me encuentre horrorosa!)

LEÓN Y el otro... ¿cuánto dirás que ofrece por la espada del tío?

PEPITA ¡Qué sé yo! De fijo no serán los diez mil duros que usted soñaba.

LEÓN ¡Ca!

PEPITA Ya decía yo.

LEÓN ¡Mucho más!

PEPITA ¿Más?

LEÓN ¡Un millón! Tómate esa.

PEPITA ¡Papá!... papá... usted no está en sí.

LEÓN Allá lo veredes. Le he convidado á comer con nosotros.

PEPITA ¡Ay, Dios mío! ¿Pues no sabe usted que no tenemos vajilla, ni...?

LEÓN Ya; pero con lo que te hayan dado del reloj...

PEPITA Es verdad; tome usted. *(Sacando dinero del bolsillo.)* Cinco duros y medio.

LEÓN ¿En dónde está el medio?

PEPITA Se lo he dado al portero para que traiga pan.

LEÓN Pues yo voy á tomar vajilla... unos cuantos platos... una cazuela... y algunas vituallas. En tanto, enciende tú el fogón.

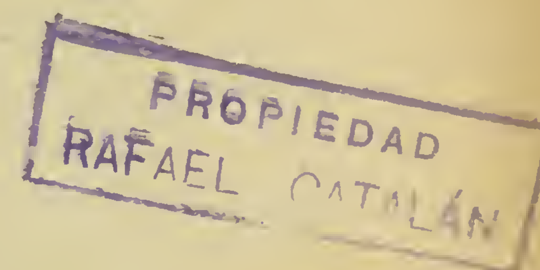
PEPITA Bien, papá. *(Entrando por la derecha.)* Pero venga usted volando, que se hace tarde.

ESCENA X

DON LEÓN

LEÓN ¡Bueno, bueno!... volando. Venga otra vez mi capa... ¡mi gran capa! *(La descuelga y se la pone.)* Carguemos con esta cestita cuyas dimensiones son un tanto alarmantes... *(Descuelga la cesta.)* ¡Ajajá! Ahora... á embozarse. *(Lo hace.)* Creo que tengo toda la apariencia de un capitalista... jubilado... Recapitulemos... Doce platos... cuatro vasos... una fuente... la cazuela... unos cubiertos de metal negro, vulgo peltre; y en cuanto á víveres... unas aceitu-

nas cordobesas... salchichón... media libra de pasas... seis pasteles... ¡En fin, lo que se llama una comida melenuda!... ¡Lástima que el convidado sea tan feo! *(Se va por el fondo.)*



ESCENA XI

PEPITA, *saliendo por la derecha*

PEPITA — Ya está puesta la lumbre. ¡Ay, Dios mío! Si ese caballero comprase la espada... ¡cuán feliz sería yo! De ese modo podría eludir la funesta boda que se me prepara. ¡Pero es imposible! Mi pobre padre padece sin duda una alucinación. ¡Un millón por esa antigualla!... Por fuerza... ó papá no ha comprendido bien, ó el tal comprador es un bromista que sólo ha querido reirse á costa nuestra. *(Se sienta con las manos metidas en los bolsillos del delantal.)*

ESCENA XII

PEPITA *y* BRUNO

BRUNO — (¡Una mujer! ¿Será la hija?) ¿Da usted su permiso?

PEPITA — ¿Quién?... (¿Será éste el comprador?) ¡Vaya una facha!)

BRUNO Soy yo... Bruno Galán. (¡Pues es guapa!)

PEPITA ¿A quién busca usted?

BRUNO A don León Guerrero. ¿Es usted su hija?

PEPITA Sí, señor.

BRUNO Por muchos años. (¡Parece mentira que sea mayor de edad!)

PEPITA ¿Es usted acaso el que desea comprar el arma de mi tío?

BRUNO No, señorita; yo no necesito armas. Aspiro á más dulce objeto.

PEPITA (¡Qué oigo!)

BRUNO Pudiera suceder que tuviese la dicha de ser su esposo de usted.

PEPITA ¡Cómo! (¿Y es éste el guapo chico?)

BRUNO Su papá de usted me ha asegurado que, en caso de parecerme usted bien, no habría obstáculo que se opusiera á nuestra unión; y como me parece usted divina...

PEPITA (¡Qué asco!) Caballero...

BRUNO (No saca las manos de los bolsillos. ¡Lástima que le falte una!) Para decidirme, sólo necesito aclarar algunas dudas...

PEPITA ¿Dudas?

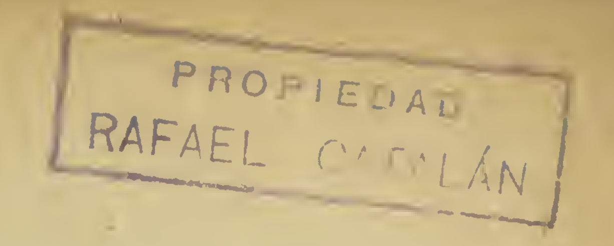
BRUNO Verá usted. En primer lugar... desearía saber si es cierto que la vida pasada de usted ha sido algo tempestuosa.

PEPITA ¡Señor mío!

BRUNO Un poco de calma, señorita. Se trata de asuntos demasiado serios para andarse por las ramas.

PEPITA (¡Esto es inaudito!)

BRUNO Según mis noticias, usted ha frecuentado con exceso el trato de los militares.



PEPITA Algunos he tratado. Como mi padre lo es...

BRUNO ¿Su padre de usted? ¿Cuál?

PEPITA ¿Cómo cuál? Me parece que no tengo más que uno.

BRUNO (Vamos, no sabrá...) Me habían asegurado que no era usted hija de su padre, sino de un tío suyo...

PEPITA (¡Pero este hombre está loco!)

BRUNO ¿Tiene usted la bondad?... (Me cercioraré de si es manca.)

PEPITA ¿De qué?

BRUNO De sacar las manos de los bolsillos.

PEPITA ¿Y á qué viene?

BRUNO Hágame usted ese favor.

PEPITA Voy creyendo que habrá usted de contentarse con verlas... Conque así... *(Le enseña las manos.)*

BRUNO ¡Calla! ¿tiene usted dos?

PEPITA *(Riendo.)* ¿Pues cuántas quería usted que tuviese?

BRUNO ¡Ay, qué dentadura! ¡No está mellada!

PEPITA (¡Vamos, es imbécil!) Pero...

BRUNO Su padre de usted me había asegurado que le faltaban á usted algunos dientes y una mano.

PEPITA Me parece que usted ha almorzado hoy demasiado fuerte, caballero.

BRUNO No he almorzado ni fuerte ni flojo.

PEPITA Entonces es que tiene usted gana de broma; y debo declararle que, lo que es conmigo, ya se ha divertido usted bastante. *(Se dirige á la puerta de la derecha.)*

BRUNO Pero escuche usted, futura mía.

PEPITA ¡Su futura! ¡Está usted fresco!

BRUNO ¡Ojalá!

PEPITA Si no ha de casarse usted hasta que lo verifique conmigo... le aconsejo que se siente para esperar. *(Se va por la derecha.)*

ESCENA XIII

BRUNO

BRUNO ¡Sofión número quinientos ochenta y cinco! ¡Esto es horroroso! ¡Y la muchacha me gusta!... Afortunadamente no me ha llamado feo, que es la muletilla de todas. Creo que más bien había en su acento algo de despecho... y eso no es malo... ¡Ya se ve!... como le he dicho todas las atrocidades que el padre ha ensartado... ¡Yo creo que el tal don León se ha estado burlando de mí!... ¡No, pues conmigo no juega nadie!... Yo le diré...

ESCENA XIV

BRUNO *y* FÉLIX

FÉLIX *(Entrando.)* A ver si ahora logro que me la enseñen.

BRUNO ¿Quién viene? ¡Calla!... ¡Amigo Ramírez!

FÉLIX ¡Hola, don Bruno! ¿Usted por aquí?

BRUNO Sí... estoy en tratos para...

FÉLIX ¡Calla! Pues yo también.

BRUNO ¿También usted? Yo pensaba no tener competidores.

FÉLIX Pues sí, aspiro, como usted, á llevarme la joya de la casa.

BRUNO ¿La ha visto usted?

FÉLIX Yo no. ¿Y usted?

BRUNO Sí, es muy linda; pero...

FÉLIX ¿No está á la altura de su fama?

BRUNO Tengo noticias... Por de pronto, su origen no me satisface.

FÉLIX Es bastardo, ¿eh?

BRUNO El mismo don León me ha confesado que no es suya.

FÉLIX ¿La ha robado?

BRUNO No, hombre, eso no. Se la han... regalado. No es... hechura suya.

FÉLIX ¡Ah! ¿Es de otra fábrica?

BRUNO *(Asombrado.)* ¿De otra fábrica? Eso es... sí; de otra fábrica.

FÉLIX Entonces, ¿de dónde procede?

BRUNO De un militar que murió en Africa.

FÉLIX Entonces no hay engaño.

BRUNO No, engaño, no. Pero á mí esa franqueza no me satisface.

FÉLIX ¡Es raro!

BRUNO ¿Usted no da importancia al origen?

FÉLIX Al revés. Tanta le doy, que precisamente la pretendo porque proviene de ese valeroso oficial.

BRUNO ¡Vaya un gusto! En fin, hay caprichos...

Pero, según parece, ha andado siempre entre militares...

FÉLIX Es natural.

BRUNO No sé por qué. Y sobre todo, eso no me parece una garantía de doncellez.

FÉLIX Ya, ya sé que está muy lejos de ser doncella. Ese es su mérito.

BRUNO (Este joven está loco.) Pues, amigo, buen provecho. Afortunadamente... la misma hija de don León me ha dado á entender que todo eso es falso.

FÉLIX ¡Falso! ¡Y yo que creyéndolo positivo iba á tragar el anzuelo!...

BRUNO ¡Ah! ¿Usted desearía? (¡Qué modo de tocar el violón!)

FÉLIX ¿Y cómo es que usted la ha visto? ¿La han traído ya del Monte de Piedad?

BRUNO ¿Ha estado en el Monte de Piedad? No lo sabía. Lo que es ahora está aquí, en la cocina...

FÉLIX ¿En la cocina? (¡Ya decía yo que sería algún asador!)

BRUNO *(Mirando por el ojo de la cerradura.)* ¡Ahí está, dando vueltas!...

FÉLIX ¡Dando vueltas! ¡Está funcionando! (¿Y para eso me he pasado la mañana desempedrando calles?)



ESCENA XV

LOS MISMOS *y* DON LEÓN

LEÓN *(Aparte, entrando.)* (Ya está aquí todo... De camino me he traído también la espada. Ha quedado perfectamente.) *(Viendo á los otros.)* ¡Hola, señores! *(Deja la cesta en un rincón, sobre ella la capa y encima la espada envuelta en muchos papeles.)*

FÉLIX Servidor de usted.

BRUNO Felices.

LEÓN *(Aparte á Félix.)* ¿La ha visto usted?

FÉLIX No, señor; pero este caballero sí; y por cierto que no me explico por qué la tiene usted en la cocina.

LEÓN No hay medio de evitarlo. Yo bien conozco que ella merece un palacio, pero...

FÉLIX Se va á estropear.

LEÓN ¡Ca! Ya está acostumbrada á eso. No le hace mella.

BRUNO Entonces, ¿por qué me ha dicho usted que la faltaban dientes?

LEÓN ¡Otra te pego! ¿Cuándo le he dicho yo á usted semejante majadería?

BRUNO Antes, cuando me ha convidado á comer.

LEÓN ¡Yo! ¡Pero, hombre, si no hemos hablado de ella siquiera!

BRUNO Don León, usted está trascordado.

LEÓN Y usted demente.

BRUNO ¡Cómo!

LEÓN Sí, señor... ¡Oh! Ya me lo figuré antes; no crea usted que me llevo chasco. En cuanto me habló de su medio millón en fincas y el otro medio en dinero, adiviné que debía usted estar en un manicomio.

BRUNO Lo que he dicho es la verdad y lo sostengo.

LEÓN *(A Félix.)* ¿Lo ve usted? ¡Pobre joven! ¡Tan feo y ya loco!

FÉLIX Pues yo le tenía por cuerdo.

LEÓN ¡Ah! ¿Usted le conoce? ¿Y es verdad que puede disponer de un millón?

FÉLIX ¡Ya lo creo!

LEÓN *(A Bruno.)* Pues, amigo, usted dispense; pero no soy ambicioso, y renuncio al trato que usted me ha propuesto. No quiero desprenderme de mi alhaja.

BRUNO ¡Toma! ¿Y por qué?

LEÓN Porque ya no lo necesito. El señor *(Señalando á Félix.)* se casará con mi hija y nos mantendrá á los dos.

FÉLIX (¿Qué diablos está diciendo?) ¡Don León... Don León! Me parece que, si alguien está aquí loco, no es el señor.

BRUNO *(A Félix.)* El loco es usted, que se va por los cerros de Ubeda y niega lo que está á la vista.

FÉLIX ¿Pues qué niego yo?

BRUNO El ser mi competidor.

LEÓN ¡Hombre! ¡Qué competidor ni qué zanahoria!

BRUNO ¡Pues es claro! Viene á disputarme la chica.

FÉLIX Pues está usted equivocado, porque vengo por la grande.

BRUNO Bien, eso quería decir; la chica... grande.

FÉLIX *(A don León.)* Tenía usted razón: está malo de aquí. *(Señalando la frente.)*

LEÓN Eso salta á la vista.

BRUNO *(A Félix.)* ¡Oiga usted! A mí nadie me falta.

FÉLIX *(Incomodado.)* ¡Me está usted cargando con sus simplezas!

LEÓN ¡Orden, señores, orden! A ver si nos entendemos de una vez.

FÉLIX
BRUNO } ¡Eso... eso!

LEÓN *(A Bruno.)* Pues bien. Usted, por lo visto, tiene empeño en que nuestro trato se lleve á efecto. ¿No es así? Descanse usted, que se llevará. ¿Está usted contento?

BRUNO Sí, señor. Mucho.

LEÓN Bueno: pues no tiene usted que pronunciar ni una palabra más. *(A Félix.)* ¿Usted insiste por su parte en la proposición que antes me hizo?

FÉLIX *(Atónito.)* Yo insistiría, pero si...

LEÓN No admito peros. ¿Se ratifica usted en ella, sí ó no?

FÉLIX Sí, señor.

LEÓN Y yo la acepto. Por consiguiente, ya está arreglada la cuestión.

BRUNO ¡Bonita manera de arreglarla!

LEÓN Me parece que es la más sencilla.

BRUNO Pero venga usted acá, hombre de Dios,

¿cómo ha de hacerse el trato con los dos á un tiempo?

LEÓN (*Mirándole pasmado.*) ¡Parece imposible que sea usted tan... corto de alcances!

FÉLIX Pues yo también lo seré, porque opino como don Bruno.

LEÓN (*Amoscado.*) ¿También usted? ¿Apostemos á que no le quiero por yerno?

FÉLIX ¡Valiente cuidado me da á mí! ¡Vaya una ganga que pierdo!

LEÓN ¡Ea! basta de broma. Pase usted á la cocina, sin ceremonia... (*Abre la puerta de la derecha.*)

FÉLIX No entiendo.

BRUNO (*Deteniendo á don León.*) Diga usted... ¿y yo?

LEÓN (*Queriendo irse.*) Tenga usted un poco de paciencia.

FÉLIX (*Mirando á la cocina.*) ¡Cielos!... ¿Qué veo?... ¡Mi Pepita... mi novia de Toledo! (*Sale precipitadamente por la derecha.*)

LEÓN (*Tratando de seguirle.*) Aguarde usted. que voy á presentarle.

BRUNO (*Agarrando á don León por un brazo.*) Pero... ¿y yo?

LEÓN ¡Qué pesadez, hombre! Sólo por no oirle... (*Coge la espada y se la da bruscamente.*) ¡Tome usted y calle! (*Entra corriendo en la cocina.*)



ESCENA XVI

BRUNO

BRUNO ¡Qué será esto!... *(Principia á quitar papeles de los que cubren la espada.)* ¡Diablo! no tiene la cosa pocos papeles que digamos. ¿Será el regalo de boda?... Adelante. *(Sigue quitando papeles.)* Pero señor, ¿cuándo acabaremos?... Esto es una fábrica de papel continuo... *(Descubre la espada.)* ¡Calla! ¡Qué demonios me ha dado ese tío! ¡Don León, don León!

ESCENA XVII

BRUNO *y* DON LEÓN

LEÓN *(Muy alegre.)* ¡Feliz coincidencia! ¡Cosa arreglada, amigo mío!... ¡Se conocían... se amaban!...

BRUNO ¿Quién?

LEÓN Mi hija y ese mozo.

BRUNO ¡Cuando yo decía que estaba usted disparatando!

LEÓN ¿Por qué?

BRUNO Vamos á ver. En primer lugar, ¿á qué ha venido el darme á mí esto? *(Señalando la espada.)*

LEÓN ¡Toma! En cumplimiento de lo pactado. Usted me da un millón y se lleva la espada.

BRUNO ¿De veras? ¿Sabe usted que es un negocio bestial el que me propone?

LEÓN No, quien lo ha propuesto es usted. Yo ya le he dicho hace media hora que había desistido de la idea de traspasarle la espada.

BRUNO ¡Pero si yo nunca he tenido la de que usted me la traspasase!

LEÓN ¿Entonces, á qué ha venido usted aquí?

BRUNO A casarme con Pepita.

LEÓN ¡Ah! (¡Cuerno! Pues es un gran partido... ¡mejor que el otro!) ¿Por qué no me lo ha dicho usted desde el principio?

BRUNO ¡Si no digo otra cosa desde que estoy aquí! Conque, vamos... ¿usted consiente?...

LEÓN ¡Sí, hombre, con todo mi corazón!

BRUNO *(Mirando hacia la cocina.)* Pues haga usted que salga de ahí don Félix. Me parece que anda demasiado con los pucheros.

LEÓN Sí, se quedó con Pepita haciendo unas migas.

BRUNO No, pues á mí no me gusta que hagan eso.

LEÓN Habla usted como un libro. *(Llamándolos.)* ¡Eh, niños! Aquí.

BRUNO (¡Me parece que, en cuanto me case, me meto en el tren con mi mujer, y no paramos... hasta Pozuelo!)



ESCENA ÚLTIMA

LOS MISMOS, PEPITA *y* FÉLIX

FÉLIX (*Saliendo.*) ¡Amada Pepita!... ¡qué felicidad! Volver á encontrarte después de tantas inútiles pesquisas...

PEPITA ¡Y yo toda la mañana pensando en ti!

LEÓN (*A Félix.*) Amiguito, el convenio está roto. Me retracto.

FÉLIX ¿Cómo? ¿Ya no vende usted la espada?

LEÓN (*Asombrado.*) Pues qué... ¿usted venía por la espada? ¡Tanto mejor!... Tómela usted. (*Se la quita á Bruno, y la entrega á Félix.*)

PEPITA Pero, ¿qué significa esto?

LEÓN Muy sencillo. (*A Bruno.*) Venga usted acá, amigo.

BRUNO (*Acudiendo.*) Aquí estoy.

LEÓN (*Cogiendo su mano y poniéndola en la de Pepita.*) Hijos míos, Dios os haga unos santos.

PEPITA ¡Qué oigo!... ¡Papá, usted me asesina!

FÉLIX Don León, no lo consiento. Pepita está comprometida conmigo hace mucho tiempo y yo reclamo su palabra.

LEÓN Pero, joven, usted es insaciable: usted quiere la espada... usted quiere la muchacha... ¿usted lo quiere todo?

FÉLIX A todo renuncio con tal de obtener la mano de Pepita.

LEÓN No nos conviene usted. El señor (*Señalan-*

do á Bruno.) tiene cincuenta mil duros. Usted mismo lo ha asegurado.

FÉLIX ¿Y qué? ¿Se figura usted que me aventaja en posición?

LEÓN Usted sólo ha hablado de veinte mil reales.

FÉLIX ¡Ah!... Era el precio de la espada. *(Entrega la espada á don León.)*

LEÓN *(Tirándola.)* ¡Diablo de espada!... No hablemos más de ella, ó no nos entenderemos en todo el día. ¿Conque es usted tan rico como éste?

FÉLIX Que lo diga él mismo.

BRUNO Sí, no lo niego... Pero el trato está ya cerrado y...

PEPITA *(Bajo á don León.)* ¡Papá!... ¡Papá!... ¿Me va usted á casar con un hombre tan feo?

LEÓN *(Aparte, mirando á Bruno atentamente.)* (En verdad que tiene una cara inaguantable. Es un verdadero dogo.)

BRUNO }
FÉLIX } *(Cayendo de rodillas.)* ¡Don León!

LEÓN Levantaos, jóvenes aspirantes. Pepita, pon la mesa. Cuatro cubiertos. Hoy tenemos á comer á tu novio *(Señalando á Félix.)* y á este caballero tan... bonito... *(Señalando á Bruno.)*

BRUNO ¿Su novio... él?

PEPITA }
FÉLIX } ¡Ay!... ¡Bendito sea usted, papá!

LEÓN *(A Bruno.)* Lo siento, amigo; pero Pepita no le quiere á usted, y yo no le concedo su mano...

BRUNO Vamos, un caso de renuncia como en *La pata de cabra.*

LEÓN Cabalmente.

BRUNO Pues renuncio también á comer con ustedes. No he querido ser miliciano por no llevar fusil.

LEÓN Es usted un sabio y le agradecemos que nos prive del padecimiento de mirarle.

BRUNO Con Dios, señores. (¡Me he lucido!) *(Se dirige al fondo.)*

LEÓN Una palabra, joven. *(Bruno vuelve.)*

BRUNO ¿Qué se ofrece?

LEÓN Si alguna vez piensa usted en matrimoniar, procure deshacerse de esa cara y reemplazarla con otra... más decente. Es un consejo de amigo.

BRUNO (¡Ya pareció aquello!) Gracias. (¡Oh, naturaleza!... ¡Inicua madrastra!) *(Se pega un bofetón y sale por el fondo.)*

LEÓN *(A Pepita y Félix.)* Ya nos entendimos por fin. Estaréis muy satisfechos, ¿no es verdad, tortolitos?

FÉLIX ¡Mucho, mucho, don León!

PEPITA ¡Amado Félix!

LEÓN
Tampoco es mi dicha escasa;
pero... me tiene angustiado
pensar si habrán disgustado
LAS DOS JOYAS DE LA CASA.

FIN




AGRUPACIÓ ARTÍSTICA
OCELLETS
Riera Sant Joan, 243
BADALONA



Publicaciones de la casa B. FUEYO

Paseo de Julio, 1342.—Buenos Aires



Iglesias (Ignacio).—La madre eterna. Drama social, 3 actos.
Clemente (Jorge San).—Germinal. Tragedia social-histórica, 3 actos y en verso.
Iglesias (Ignacio).—Juventud. Drama social, 1 acto.
Silva (Dante).—Los mártires. Drama social, 1 acto.
Rey (Miguel).—¿Dónde está Dios? Monólogo anticlerical.
Libert Fag.—El atentado. Monólogo satírico.
Conse.—¡Criminal...! Monólogo dramático-social.
Grijalvo.—Héroe ignorado. Monólogo en verso.
P. de Lidia.—Fin de Fiesta. Drama en 1 acto.
González de Castro.—¡Al fondo!... ¡Al fondo!... Drama en 1 acto.
» » —El final de una tragedia. Drama en 1 acto.
Dicenta (Joaquín).—El león de bronce. Monólogo en 1 acto.
» » —Aurora. Drama en 3 actos.
Sánchez (Florencio).—Un buen negocio. Comedia en 2 actos.
» » —Marta Gruni. Sainete en 1 acto.
Pico (Pedro E.).—¡Para eso paga...! Boceto dramático en 1 acto.
» » —La única fuerza. Drama en 3 actos.
Lachevetière (Delisle de).—Arlequín el salvaje. Comedia en 3 actos.
Roba (Juan de).—El defensor de su honra. Melodrama en 3 actos.
Bracco (Roberto).—Don Pedro Caruso. Drama en 1 acto.
Rusiñol (Santiago).—El místico. Drama en 4 actos.
Gori (Pedro).—Primero de mayo. Drama en 1 acto.
Abati y Díaz (Joaquín).—Entre doctores. Juguete cómico en 1 acto.
Larra (Mariano de).—También la gente del pueblo... Diálogo en 1 acto.
Curzo y Barrerra (Antonio).—Las dos joyas de la casa. Juguete cómico en 1 acto.
Gil (Constantino).—El vecino de ahí al lado. Drama en 1 acto.
Gilimón (Eduardo G.).—Ferrer y Nakens. Crónica del proceso incoado con motivo del hecho de Mateo Morral y retratos de los procesados, precedida por los atentados anarquistas.
Martínez Cuitino. — Rapsodias paganas. Poesías revolucionarias.
Gori.—La anarquía ante los tribunales. Defensa pronunciada por Gori en el proceso de los 36 anarquistas de Génova, con la biografía de Gori, por Altaïr.
García (Enrique).—El contrato social. Estudio sociológico.
Varios.—El cancionero revolucionario. Himnos y canciones sociales en español é italiano.
Kuhne.—¿Estoy sano ó enfermo?